

SEFARDITAS MEDIEVALES EN LA FILOSOFIA

FERNANDO POLO DE ALFARO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Dentro del amplio espectro de figuras sefarditas, he estudiado una que es piedra angular y estrella fulgurante dentro de una constelación de pensadores que en el siglo IV comienza con el discípulo de Platón, el creador de la Academia, al cual Aristóteles refuta su doctrina con la prueba de la existencia de Dios, y en la escolástica del siglo XIII alcanza la preponderancia con la escuela tomista.

Esta piedra angular, estrella fulgurante, es la de un sefardita que naciera en Córdoba en un 30 de marzo de hace 845 años.

Moisés Ibn Maymón, conocido por Maimónides, ya que sus obras se encuentran agotadas, Córdoba le ha dedicado en una plaza recoleta, a 100 metros de la sinagoga cordobesa, una escultura de cuerpo entero tamaño natural y en actitud sedente, y que la Real Academia de Córdoba, a la que me honro pertenecer, no sólo la sufragó sino que al mismo escultor Ruiz Olmos le encomendó otra réplica en bronce para la ciudad de El Cairo en la que el sefardita cordobés pasase la última etapa de su vida, procedente de Fez, en la que ejerciera la medicina.

Ya veremos a lo largo de mi exposición que hacer apología de este sefardita no es afán de oportunismo dentro del marco de esta Universidad ni tan siquiera de protagonismos impresionistas o apologeticos. Yo, si antes comencé diciendo que este sefardita era piedra angular, estimo más acertado llamarle clave de esa archivolta que se eleva, sublima y nos acerca aunque impregnado de racionalismo monolítico, para deramarnos hacia afuera a los tomistas escolásticos. Pero veremos cómo la clave tiene un parteluz de medievalistas, que relevan la filosofía judía universal desde ese observatorio cósmico, con la plataforma de tanta cultura e historia que fue, es y será la ciudad de Córdoba.

¿Qué daba en su época la profundidad de su obra, a su obra filosófica la categoría y lugar más preponderante y era su suma la de más rigor en cuanto a exposición y método...? Es consensual y unánime y todos los tratadistas lo corroboran.

Pero esas impregnaciones de que adolecía sólo fueron decantadas, filtradas y catalizadas por el discípulo de San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, doctor primerísimo como lo corrobora el testimonio plástico que en Sevilla dejase el extremeño Zurbarán cuando fuera llamado por el cabildo catedralicio para narrar los ciclos históricos de las órdenes religiosas; tal es "La apoteosis de Santo Tomás", cuadro salvado del expolio cuando la invasión francesa.

¿Cómo vamos a reivindicar que se reediten las obras de estos medievales sefarditas precursores del tomismo escolástico cuando en la hora actual no tenemos organismos que lo hagan con la Summa Teológica...?

¿Cómo vamos a conocer la historia de la filosofía fragmentariamente... sin conocer

“La guía de los indecisos, de Maimónides, mal traducida por algunos traductores como “La guía de descarriados” y para otros: “Guía de perplejos”. Un estudioso del mar no es un señor que pinta un paisaje de éste y hace una marina, o el poeta que le hace una elegía. Un oceanógrafo es el que tiene conocimiento pleno de cuantos elementos subyacen al paisaje que al espectador se le ofrece en un estado de ánimo y en una unidad en el tiempo. Para conocer la historia hay que conocer la intrahistoria, dice el doctor don Juan Manuel Rozas. La intrahistoria del cristianismo la forman la pléyade que siguen las interpretaciones aristotélicas.

La filosofía judía sefardita forma en sus estratos la dermis subcutánea que irriga y aspira porosa, incuestionable y concluyentemente que no emana de la razón sino de la revelación.

Santo Domingo de Guzmán fundó su orden para preparar a sus profesores y que de ellos surgieran los que acabasen con el conflicto de ideas y el caos existente en el seno del pensamiento cristiano durante la primera mitad del siglo XIII.

El fuste segundo de ese bífido parteluz, sobre el que la clave medieval sefardita y judía se afirma ante su época, lo constituye la personalidad de otro médico filósofo afincado temporalmente en Córdoba y que, al ser 55 años mayor que Maimónides, empuñó con mano firme la antorcha que alumbró al orbe judío; Ibn Zadis; autor del “Microcosmos” y por tanto en el pensamiento judío por cuestión de cronología se adelantó en el tiempo para hacer su demostración de la existencia de Dios.

En la evolución de la arquitectura cuando nace el fuste monolítico, hace que la columna se refuerce bien con semicolumnas, balaustres y baquetones culminando con el fuste fajado, fustes que se adoptan como solución para ganar esas alturas que el gótico se propone alcanzar, como dice Violet-le Duc..., para acoger que se abalaustran y para reforzar el fuste medieval sefardita con los nombres que nos aporta el siglo XII como Ibn Pakuda; éste y otros abogan por la existencia de Dios. Sin otros esfuerzos no se podrían elevar unos fajones o perpiños, que a los amplios rosetones de las policromas vidrieras permitan a los fieles recibir la luz cenital tamizada y hecha para invitar a la oración y búsqueda del alma con Dios. Maimónides no hace otra cosa que resumir en 13 artículos la fe judaica. Lo que Santo Tomás no admite y en lo que no comulga con Maimónides es su afirmación del monoteísmo refrendado en la profesión de la fe, cuando Maimónides corrobora y postula por boca de Moisés: “Escucha Israel: el Eterno nuestro Dios, el Eterno es uno”.

Santo Tomás tiene luz propia en el contexto teológico universal. Pues aunque algunos autores anteriores a Santo Tomás estudian a Dios uno, es Santo Tomás de Aquino el reorganizador del concepto teológico de Dios, y establece el Dios trino. Entonces en su Summa dedica una exposición en el tomo 2º y 3º en el tratado de la Santísima Trinidad, en su cuestión número treinta y en ella dedica un capítulo sobre la pluralidad de las personas divinas y dice en él: “niegan la pluralidad de personas en Dios los llamados unitarios y los modalistas. Los primeros no admiten más que una sola persona, que es el mismo Dios uno y único. Así los judíos, tanto antes como después de la revelación neotestamentaria, y los mahometanos. Los modalistas niegan la distinción real de las personas divinas, admitiendo sólo entre ellas una distinción moral.

La revelación neotestamentaria con la tradición y el magisterio de la Iglesia están acordes en afirmar la pluralidad de personas en Dios realmente distintas entre sí.

Su 2º capítulo de la cuestión treinta cuestiona que: “Sólo hay tres personas en Dios y dice en él: ¿pero cuántas son las personas en Dios...? Ya hemos visto antes que los unitarios las reducen a una sola. Por el extremo opuesto, el politeísmo admite tantos como número de dioses establece.

El maniqueísmo admite un Dios personas del bien y otro del mal, si es que éste puede llamarse persona. Y el macedoniamismo que negaba la divinidad del Espíritu Santo reduce el número de personas divinas a las del Padre y del Hijo.

La fe católica enseña de manera concluyente que las personas divinas son tres, pero para hablar con equidad y asentar la preponderancia de Maimónides como teólogo hay que disentir de su unitarismo.

El sefardita Maimónides es el más importante de todos los filósofos judíos según muchos tratadistas medievalistas por su intento válido como tal en cuanto a búsqueda de la fórmula de conciliación entre la fe y la razón en el conocimiento de Dios. Así sentencia Maimónides: "sólo podemos decir de Dios lo que no es; no lo que es".

Y Santo Tomás en la otra summa llamada summa contra gentes dice: "la filosofía está demostrando que nace de la razón natural mientras que la teología procede de la luz de la revelación"; esta última Summa contra gentes fue para combatir a Averroes árabe; pero cordobés también.